

te encuentras, preciso es decirlo, en la víspera de tu ruina.

Miguel soltó una ruidosa carcajada, que dió á su rostro una expresion verdaderamente insensata. Te equivocas, dijo; yo no me arruino; la fortuna no me vuelve la espalda. ¿Ves esta llave? pues bien, debajo de ella tengo una mina de oro.

—¡Bah! exclamó Matusalem levantándose, y murmuró en voz baja: «Esto es cosa perdida.»

En aquel momento apareció un criado en la puerta, y ántes que diera razon del motivo de su presencia, pues nadie lo habia llamado, Miguel se dirigió á él, diciéndole:

—Que éntre, que éntre.

A los dos minutos se presentó un hombre en el que no se advertía circunstancia ninguna notable; su gaban abrochado, sus gafas sostenidas por finos alambres de oro, y su pelo entrecano aplastado sobre las sienes, le daban cierto aire de notario, y áun más bien de alto empleado de alguna gran casa de comercio.

Haciendo una profunda cortesía y dudando

do entre las dos personas que tenía delante, preguntó:

—¿El Sr. D. Miguel Lanuza?.....

—Aquí lo tiene V. en una pieza, contestó Miguel sin levantarse.

—En ese caso, añadió el hombre, tendrá usted la bondad de enterarse de este documento.

Decía esto presentando á Lanuza un papel doblado.

Entónces se levantó Miguel con aire majestuoso, casi triunfante, y cogió el pliego que el hombre le presentaba, y lanzando sobre Matusalem una mirada de desprecio, se dirigió á la mesa.

Allí desdobló el papel sin mirarlo, lo extendió sobre la cartera, y sin sentarse alargó la mano para tomar una pluma.

—Léalo V., léalo V., caballero, le advirtió el hombre respetuosamente.

—No es necesario, contestó Miguel.

—¡Oh! la formalidad..... insistió el hombre.

—Esa formalidad no es aquí necesaria.

Y diciendo y haciendo, trazó su firma y

devolvió al hombre el papel. Éste lo tomó, lo dobló cuidadosamente, sepultándolo en seguida en el bolsillo de su gaban. Con la misma mano que ocultó el pliego, sacó una cartera de bolsillo, la abrió con mucho cuidado, y humedeciéndose en los labios la punta del dedo índice, contó cuatro hojas de papel muy fino con viso azul, que parecían pegadas á la cartera.

— Esto es, dijo despues de haberlas contado.

En seguida sacó una, y desdoblándola la puso sobre la mesa. Despues sacó otra é hizo lo mismo; sobre la segunda colocó la tercera, y sobre la tercera colocó la cuarta, diciendo:

— Una..... dos..... tres..... cuatro..... Son cuatro; entérese V., caballero.

— No es necesario, contestó Miguel; están perfectamente.

El hombre saludó con la mayor compostura, y se retiró sin volver la espalda, despues de hacer caer sobre sus ojos las gafas, que habia levantado sobre la frente para examinar los documentos que acababa de poner sobre la mesa.

Luégo que se hubo alejado, abrió Miguel con la llave, que áun tenía en el dedo, uno de los cajones del escritorio, y colocó en él aquellas cuatro tiras de papel azul y sedoso.

Matusalem, absorto, le preguntó:

— ¿Qué has firmado?

— He firmado un *pagaré*.

— ¿A qué plazo?

— Al plazo de un año.

— ¿Por qué suma?

— Por la suma de cien mil duros.

— ¿A qué interes?

— Al interes del diez por ciento.

— Son diez mil duros.

— Justos.

— ¿Pagaderos al vencimiento del plazo?

— No; descontados ántes.

— ¿Es cosa de Medina?

— Quiá.

— Entónces, ¿quién.....?

— ¿Quién?..... el demonio.

Matusalem quiso sonreirse y no pudo, porque realmente estaba asombrado, y encogió los labios, repitiendo:

— ¡El demonio!.....

— En persona.

— ¿Y cuándo ha sido eso?

— Hace veinte minutos.

— ¿Cómo?

— ¡Vamos! exclamó Miguel, eres un pobre diablo.

— No comprendo.

Lanuzza, que estaba de pié, se acercó á su amigo, y poniéndole el dedo en la frente, le dijo:

— ¡Infeliz! te has vuelto tonto.

— ¿Qué documentos son esos que acabas de guardar?

— Son cuatro pedazos de papel, llenos de contraseñas, de números y de letras, autorizados por firmas respetables, que reunidos forman la suma de noventa mil duros.

— Y bien, ¿de dónde te ha venido esa suma?

— Ya te lo he dicho: del infierno.

— Hablemos formalmente. Hace un momento creí que habías perdido el juicio, y ahora soy yo el que empiezo á creer que estoy loco. Noventa mil duros no caen por la chimenea.

— Ya has visto que, en efecto, no es por la chimenea por donde han caído.

— ¿Quién es ese hombre que acaba de salir de aquí?

— No lo conozco, ignoro su nombre, y ésta es la primera vez que lo he visto.

— Pues señor, dijo Matusalem arqueando la boca, no entiendo una palabra.

— A mí, añadió Miguel, me sucede enteramente lo mismo.

— ¿De manera que es un suceso incomprendible, extraordinario?

— Cabalmente, extraordinario é incomprendible.

— Pero, en fin, tú te lo explicarás de algún modo.

— Sí; me lo explico de un modo, de una sola manera.

— Veamos.

— Creo que no vas á entenderme.

— Habla, habla, y ya veremos si te entiendo.

— Pues mira: si esto no la ha hecho el demonio, te juro que no ha podido hacerlo nadie.

—Miguel, deja el demonio en paz, y habla sériamente.

—Estoy hablando con toda formalidad, y ya te he dicho que no vas á entenderme.

—Pero, Miguel, si no hay noticia de que el demonio haya tenido nunca una peseta, ¿de dónde ha de haber sacado el pobrete nada ménos que noventa mil duros?..... Y aún suponiendo que le haya caído la lotería, ¿crees tú que es tan tonto, que habria venido á regalarte esos maravedises por tu bella cara? ¡Bah! dale al demonio noventa mil duros y es feliz, porque con esa suma pensaria en sobornar al cielo.

Contempló Miguel algunos instantes á su amigo con triste sonrisa, presentando en su rostro más vivamente el contraste de luz y de sombra que en él notamos al empezar el presente capítulo, y luégo le dirigió estas palabras:

—No crees en Dios, y por lo tanto, no crees en el demonio; eres un *espíritu fuerte*; esto es, una inteligencia de cal y canto, en la que no ha podido penetrar la idea suprema de la justicia. Te ves libre, y te declaras

irresponsable; te ves hombre, y te haces bruto. Estas vulgaridades despiertan en tus labios la sonrisa del desden; no la contengas, porque voy á proporcionarte un motivo más justo de hilaridad; riéte, pero escucha: has de saber que mi madre, desde que me dormía en su regazo, infundió en mi corazón y en mi entendimiento la idea de un *Sér infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas*. Siempre que me hacia repetir esas mismas palabras, sellaba mi boca con un beso arrancado de su alma, como si de ese modo quisiera perpetuarlas en mis labios, haciéndolas eternas en mi memoria..... Algunos momentos ántes de espirar, hizo que me arrodillára junto á su cama, y el sacerdote que le prodigaba los últimos consuelos hincó tambien la rodilla en tierra. Entónces mi madre me cogió la mano, y llevando la voz, me hizo repetir el *Credo* palabra por palabra..... Sonrióse tranquila, y la luz se apagó en sus ojos, que no dejaron de mirarme ni un instante..... Pues bien; aquí me tienes hecho un hombre sediento de placeres, en la plenitud de la vida, llena la

cabeza de confusas ideas..... aquí me tienes, en fin, en pleno siglo diez y nueve, creyendo que hay un Dios que nos salva y un demonio que nos pierde. Ríete, Matusalem, ríete, porque yo también me río.

— No se advierte qué relación pueda tener toda esa historia con el asunto de los noventa mil duros que te se han entrado por las puertas.

— Ahora verás la relación que tienen ambas cosas.

— Vamos á ver si acabas de explicarte.

— Óyeme: la paz de Europa ha sido para mí un malísimo negocio, que ha encendido en mi corazón una guerra terrible. Me veía arruinado, y francamente, no me resignaba á perder tan pronto mi fortuna, ni me sentía con fuerza para empezar de nuevo. Me espantaba la miseria, me irritaba el desaire de la suerte, veía el desprecio de los mismos que hoy me halagan; hasta la honra acudía á dar pábulo á mi desesperación..... porque, en resumidas cuentas, yo no podía pagar todo lo que había perdido, y qué se diría de mí! ¡qué sería de mi nom-

bre!..... ¿lo había de dejar vilipendiado y escarnecido, á merced de esa mordacidad implacable con que el mundo suele clavar el diente envenenado de la envidia hasta en las entrañas de la desgracia? Tal vez me hubiera sometido al rigor de la pobreza, pero no tenía valor para someterme á la ignominia. Vamos, necesitaba dos millones á toda costa, y me encontraba resuelto á jugar el todo por el todo. Tal era la situación de mi espíritu cuando tú me hiciste vislumbrar un rayo de esperanza. Cerré los ojos, y saliste en busca de los dos millones.

— ¡Y bien! preguntó Matusalem.

— La esperanza, súbitamente concebida por tus palabras, se fué disipando poco á poco, y pronto adquirí el convencimiento de que nadie se arriesgaría á soltar cien mil duros en la expectativa de un matrimonio cuya realización no deja de ofrecer dificultades. Los dos millones daban vueltas en mi cabeza como un torbellino, y no podía cogerlos. ¿A quién apelar? ¿A quién acudir? ¿A quién pedirselos? Dios podía hacer un milagro, pero probablemente no quería ha-

cerlo. ¿Cómo me había de conceder una fortuna que es mi desgracia?..... ¿Con qué cara podía yo pedirle una merced, que me ha conducido ya..... no sé dónde? Pero, en fin, me persuadí de que era inútil pensar en semejante recurso, volví la espalda y me dirigí al demonio: «Amigo mio, le dije, si tú no pones mano en este asunto, es negocio perdido; haz una de las tuyas, y puede ser que lleguemos á entendernos. Te debo algo, bastante; quiere decir que te lo deberé todo.» Apenas acabé de formular estas palabras, que pronuncié en voz alta, pues estaba solo, sentí que un coche se detenía en la puerta de mi casa, y dije: ¡Hola! he llamado al demonio y viene Matusalem; lo mismo da. Mi corazón comenzó á latir con una violencia desusada. Te esperaba con una ansiedad desconocida, como no te he esperado nunca, y eso que me has hecho pasar horas mortales detras de una esquina, espiondo el momento feliz de darte un abrazo.....

— Sigue, sigue, murmuró Matusalem, interrumpiendo una digresion que debia parecerle intempestiva.

— A pesar de la distancia, siguió diciendo Miguel, oí distintamente los pasos, que hacian crujir la escalera; sentí el golpe de la campanilla con que llamaban á la puerta, y me llevé la mano al pecho, porque el corazón se salía de su sitio. En seguida resonó en mis oídos el rumor que producen cuatro piés que andan al mismo tiempo; parecia que un caballo piafaba sobre la alfombra de la sala inmediata, y suspiré, porque el recuerdo de Bel-Krer invadió mi pensamiento. Sin embargo, me acerqué á la puerta y alcé la cortina. Venía Jaime, y detras otra persona que me era desconocida. Al verme el criado, se detuvo inclinándose, y el hombre que lo seguia se adelantó, entrando en este cuarto con la mayor franqueza.

— ¿Quién era? preguntó Matusalem.

— El demonio, contestó Miguel.

— Veamos lo que queria ese caballero.

— Vas á saberlo. Nos encontramos frente á frente, yo sorprendido y él risueño, porque era un demonio bastante afable; colorado, mofetudo, alegre. Yo rompí el silencio, diciéndole: «Quisiera saber á quién ten-

go el honor de recibir en mi casa.—¡Oh! me contestó; todo el mundo me conoce, y es extraño que V..... pero, en fin, eso no importa. Vamos al grano: V. necesita cien mil duros, poco más ó ménos, y acaso yo pueda disponer de esa suma; por consiguiente, en este momento me llamo dos millones de reales.» Al pronto sospeché que se burlaba de mí, pues me hablaba retozándole la risa en la boca. «Caballero, le contesté; en efecto, esa cantidad necesito.—Pues bien, me dijo, yo la presto.—¿A qué interes?—Al diez por ciento, descontado al recibir el dinero. Dígame V. ahora sus condiciones.—Mis condiciones, le contesté, son éstas: el dinero mañana ántes de las doce, y el plazo de un año.—Muy bien, exclamó. ¿Y qué garantías se ofrecen?—Mi firma, le contesté.—Muy respetable, añadió, pero la formalidad es el alma de estas cosas, y V. puede añadir á su firma otra firma.—¿Cuál? le pregunté.—La de la señorita de Vegahonda, me contestó.—¿La firma de la señorita de Vegahonda, repliqué, al pié del documento con que se ha de formalizar el contrato!

¿Está usted loco?—No digo eso, se apresuró á contestarme; mas, hablemos claros: la garantía que en rigor V. presenta es la de su próximo matrimonio con la rica criolla. Creo á puño cerrado que V. desea casarse cuanto ántes con ella, y sin duda necesita ese par de millones para adelantar la boda, y darle, por su parte, todo el esplendor posible. Hasta aquí estamos conformes; ha debido V. perder bastante á la baja, y no es cosa de ir á casarse tan ventajosamente con las manos metidas en los bolsillos. Por V. tengo completa seguridad; pero, ¿y ella? ¿piensa lo mismo? Hé ahí mi duda.» Se me olvidó que hablaba con una persona desconocida, deseché la idea de que pudiera ser objeto de una burla, y sin reflexionar lo que hacia, me lancé á la mesa, abrí el cajon, saqué la carta en que Mercedes me incita á pedir su mano, con la seguridad de obtenerla, y se la entregué con aire triunfante, con todo el aire de la vanidad victoriosa. Leyóla, al mismo tiempo que decia: «Es su letra, la conozco, y veo que tambien tiene prisa de casarse.» Y devolviéndomela, añadió: «Conserve V. esta

carta hasta despues de la boda; es oro puro, y con ese resguardo su firma de V. basta para el negocio. Me he excedido en el plazo, quise decir á seis meses, pero mi palabra es palabra; cuando se hace un favor, hay que hacerlo por completo.» En esto sacó su relój, miró la esfera, y exclamó yéndose: «Las seis y veinticinco. Amigo mio, ántes de una hora tendrá V. aquí sus noventa mil duros.» Y sin despedirse, sin decirme su nombre, salió como una flecha disparada, dejándome estupefacto.

— Es curioso esto, dijo Matusalem ras-cándose la frente.

— Es más que curioso; es extraordinario, es increíble. Yo me creí por un momento presa de un sueño, y me palpé, para asegurarme de que yo era yo mismo. La carta de la criolla, que tenía en la mano, me acabó de convencer de que estaba despierto, y se apoderó de mí tal seguridad de que ántes de media hora vendrían á mi poder los noventa mil duros, que me dejé embriagar por la alegría del triunfo. En ese instante llegastes tú, afligido, desconsolado, sin haber podido

encontrar dos miserables millones, que á mí se me han venido á las manos de la manera que has oído y del modo que has visto.

— Pero, ¿quién es ese hombre? preguntó Matusalem.

— ¿Aun lo ignoras? ¿Aun lo dudas? Ese hombre es el demonio, que me ha cogido en un terrible lazo, porque, ¡miserable de mí! estos dos millones chorrean sangre, porque esos dos millones me cortan resueltamente la retirada, y ya no hay más remedio que seguir adelante. Aquí tienes, pues, un criminal de los que no van á presidio, y tú eres otro.

— ¡Qué estás diciendo! exclamó Matusalem levantándose.

— No me hagas caso; es una debilidad, que sólo delante de tí me permito. La alegría me hace decir desatinos; estoy loco de contento.

— Bien; pero contéstame formalmente: ¿á favor de quién está extendido el *pagaré* que has firmado?

— Asómbrate..... á favor de Redondo, el famoso banquero.

Matusalem hirió el suelo violentamente con la planta del pié, al mismo tiempo que aplicaba á su frente una furiosa palmada.

— ¡Torpe de mí! exclamó; he debido adivinarlo desde el primer momento.

— ¿Por qué? preguntó Miguel.

— ¿Por qué?..... porque yo soy un imbécil y Agudo es un genio..... á él le debes los dos millones.

Miguel se sonrió, repitiendo :

— ¡Agudo!..... ¡Agudo!.....

— Sin embargo, la idea se puede decir que es mia; el plan todo es de Agudo, la ejecución es de Redondo..... La obra ha salido completa. Ahí tienes el demonio.

— En ese caso, rectificaré; no es uno, son tres; es decir, añadió soltando la carcajada, es una obra de todos los demonios.

Matusalem riyó tambien ruidosamente, pensando en la Marquesa, y restregándose las manos, decia :

— Vamos, nos han caído dos millones por la chimenea.

CAPÍTULO X.

De la lengua á las manos.

Sin perjuicio de que tambien lo sean los que hablan poco y áun los que no hablan nada, es cosa definitivamente convenida que todó hablador es tonto; y entre todos los tontos es preciso convenir en que el hablador es el más insoportable. Ya se ve: por íntima y estrecha que sea la relacion que existe entre el pensamiento y la palabra, no son una misma cosa, y el hablador, prevaliéndose de esta diferencia, hace caso omiso de todo linaje de entendimiento, y se entrega al abuso contínuo de todos los lugares comunes de la lengua.

No es lo mismo tener entre ceja y ceja una imaginacion viva ó profunda, un talento vasto ó brillante, que llevar dentro de la boca